

ACTIVIDADES HIDROCARBURÍFICAS EN EL PARQUE NACIONAL YASUNÍ.

¿Fracaso de la utopía o reajuste con la realidad?

(Apuntes para una gestión reflexiva de segunda modernidad)

Rafael Romero Castellanos

Jardín Botánico Milpe, Ecuador

<http://dx.doi.org/10.5209/NOMA.53301>

Resumen.- Este ensayo se presenta una *descripción negativa* de la gestión de la complejidad social a través del espectáculo mass-mediático a propósito del fracaso de la Iniciativa ITT, y pone en evidencia su capacidad ideologizadora al lograr cosificar e inmovilizar la estructura dinámica de los sistemas complejos, al presentarlos en su momento de constitución inicial, y dejarlos ahí, sin movimiento: o lo uno, o lo otro, o conservas o extraes, o eres bueno o eres malo. Este cuadro se complementa con el esbozo de los elementos básicos de un modo civilizatorio que se arriesga por la traducción dialógica y reflexiva entre distintos, pero iguales a la vez, en la misma mesa, con los mismos derechos y obligaciones, vicios y virtudes: funcionarios y campesinos, intelectuales y líderes locales, ingenieros, biólogos y sociólogos.

Palabras-clave: *Reflexividad social, complejidad, traducción, Yasuní ITT, actividades hidrocarburíferas*

La iniciativa Yasuní ITT

En el 2007, el gobierno ecuatoriano, autodenominado de la Revolución Ciudadana, lanza al mundo una propuesta desafiante: dejar bajo el subsuelo las reservas de petróleo de los campos Ishpingo, Tambococha y Tiputini, ubicados dentro del Parque Yasuní, *siempre y cuando* la comunidad internacional contribuya con una “compensación de 3.600 millones de dólares en 12 años por la contribución a la lucha contra el calentamiento global”¹. Esta iniciativa se denominó Yasuní ITT. Se trataba de una respuesta concreta a un problema planetario, que rebasa los contornos territoriales-administrativos de los Estados-Nación, y que, por tanto, nos compete a todos los que habitamos en este planeta llamado tierra. Y era un país pequeño, latinoamericano, andino, quien presentaba la propuesta en la Asamblea de las Naciones Unidas.

La propuesta, si bien tenía un componente utópico (requería de un compromiso efectivo por sobre los intereses industriales-extractivistas de empresas y mercados transnacionales), contaba con argumentos sólidos, contemporáneos, actuales, responsables: ¿quién no está de acuerdo que asistimos a un momento de crisis ambiental planetaria y que es necesario hacer algo? Es indiscutible que uno de los pulmones del planeta es el Parque Nacional Yasuní, y que su conservación es vital en la ecología de la tierra. De ahí que la

¹ <http://www.eluniverso.com/noticias/2013/08/15/nota/1294861/rafael-correa-pone-fin-iniciativa-yasuni-itt>

iniciativa Yasuní ITT daba cuenta de un componente provocador, innovador, crítico-práctico, del gobierno de la Revolución Ciudadana: hacer realidad una vía de desarrollo distinta al extractivismo, materializar una utopía, mostrar al mundo que otra forma desarrollo es posible.

Sin embargo, luego de seis años de gestión internacional, los resultados no fueron los esperados. Y el tiempo y las necesidades, políticas y sociales, aprietan, exigen respuestas: el hambre, la salud, la accesibilidad, no esperan razones y buenas voluntades. Se necesitan los recursos para superar la pobreza y apuntalar la transformación de la matriz productiva: nueva proyección de la Revolución Ciudadana. Ante la propuesta utópica-planetaria, la respuesta realista de la comunidad internacional, hecha no sólo de Estados, sino de transnacionales, corporaciones, organizaciones sociales: el “mundo nos falló”, según las declaraciones del presidente Rafael Correa, cuando dio por terminada la iniciativa Yasuní ITT, el 15 de agosto del 2013:

“Con profunda tristeza, pero también con absoluta responsabilidad con nuestro pueblo y nuestra historia, he tenido que tomar una de las decisiones más difíciles de todo mi gobierno: el día de hoy (ayer) he firmado el decreto ejecutivo para la liquidación de los fideicomisos Yasuní-ITT y con ello poner fin a la iniciativa”².

El anuncio del final de la iniciativa Yasuní ITT generó una situación de alta controversia social: en los espacios mass-mediáticos se debatió sobre el asunto, fue el tema del momento, del espectáculo televisivo, de la declaración apresurada y radical, del argumento obvio. Los actores de la Sociedad Civil y Política, nacional, regional e internacional, reaccionaron, se pronunciaron y posicionaron, pusieron sobre la mesa sus cartas, sus argumentos, sus razones del por qué si y por qué no, desarrollar actividades extractivistas en un área protegida.

Con el cierre de la Iniciativa Yasuní ITT, el componente innovador, de avanzada, del gobierno de la Revolución Ciudadana, se desdibujó y pasó de una posición utópica a otra de corte realista, del ecologismo al extractivismo. Y esto generó una reacción de auto-evaluación por parte de grupos y organizaciones sociales sobre su relación con la propuesta de desarrollo del gobierno, y con sus actos concretos, con la toma de decisiones efectivas, reales, y no ya con los discursos y las retóricas de una apuesta sin riesgo, segura de su fracaso.

En la micro-historia de la iniciativa Yasuní ITT, fue el gobierno ecuatoriano el actor principal, el protagonista, el mecías, el salvador, quien prometió amor, riqueza y poder, con la declaración de no explotar el Yasuní-ITT, de cumplir nuestros sueños, de llevarnos al paraíso, y luego, se convirtió en padre responsable, en caudillo que conduce a su pueblo, que tiene que asumir el peso de la realidad, hacer lo que no quería; o tal vez se trata de un galán interesado a la espera de que se dé el momento adecuado para dar su golpe final, para que sus intenciones se hagan evidentes, para mostrar que no amaba a la novia sino a su poder ¿cuánto de novela hay en la manera en la que los latinoamericanos recibimos e interpretamos los hechos político-sociales: el

² <http://www.telegrafo.com.ec/economia/item/se-afectara-menos-del-1-por-mil-del-yasuni.html>

caso del Yasuní ITT, la denuncia por corrupción a un asambleísta, el triunfo de la selección ecuatoriana?

Con la clausura de la iniciativa Yasuní ITT y el paso a las actividades hidrocarburíferas, el aparente consenso sobre la necesidad de un medio ambiente saludable se resquebrajó, el espejo se rompió, el hechizo se desvaneció: ¿en verdad creemos en lo mismo, respondemos al mismo compromiso, a la misma apuesta utópica? ¿Son en verdad nuestras expectativas convergentes? ¿Somos parte del mismo relato, novela o culebrón?

Más allá de lo científico-técnico, la lucha por el sentido.

El problema científico-técnico de los impactos ambientales sobre un área protegida como la del Yasuní ITT pasa a segundo plano cuando el tema gatilla cambios en estructuras y procesos de un nivel diferente, cuando pasamos de las conductas concretas (explotar o no el Yasuní ITT) al sentido de las acciones (a qué valores y expectativas respondemos). Desde este punto de vista, el esclarecimiento científico-técnico de las posibilidades de intervención económico-productiva sobre un ecosistema sin que se afecte su auto-reproducción sistémica (Garmedia, 2005), es decir, el problema del impacto ambiental, se convierte en una de esas cuestiones sin solución. La relativización del punto de vista del otro puede llegar a ser infinita: siempre se puede esperar un *sí, pero...* de un buen ingeniero...o biólogo....o relacionador comunitario... o político... o líder campesino...

La relevancia del tema de las actividades hidrocarburíferas en el territorio del Parque Nacional Yasuní, del fracaso de la iniciativa Yasuní ITT, está en lo que activa, lo que genera, a lo que invita. Lo que está en juego es un tema político-simbólico que tiene que ver más con el politeísmo de valores (Weber, 1994), con la lucha por el sentido, con profundas controversias sociales (Latour, 2008), que con el esclarecimiento técnico y científico de los impactos ambientales y sociales de las actividades hidrocarburíferas sobre el Parque Nacional Yasuní. La sobrevivencia del Parque que se vuelve un pretexto – aunque no cualquier pretexto– para invitar a los actores políticos, sociales, económicos, culturales, internacionales, planetarios, a tomar posición, a definirse y definir a los otros, frente a un tema concreto, a una cuestión pragmática-existencial: desarrollar o no actividades extractivas en un área protegida, en un ecosistema muy particular y con un alto grado de diversidad biológica y cultural³, con todas las consecuencias para la vida del planeta o para la afirmación económica de la población de un pequeño país que busca salir de su condición de subdesarrollo.

Este acto pragmático-existencial (el ubicarse en una posición y no en otra en una red de relaciones) implica la puesta en operación de un dispositivo que opera en un plano de organización distinto al de la toma de la decisión misma: el de la programación cultural, en el lenguaje cibernético (Gardner, 1987), o en el mundo de la pugna por el sentido o la lucha interpretativa, en la tradición filosófico-humanística. Tomar una posición exige justificar esta toma de

³ Recuérdese que es territorio de los Pueblos en Aislamiento Voluntario: Tagaeris y Taromenanes

posición, y no otra. Este acto de observación de segundo orden es de naturaleza hermenéutica (Ricoeur, 2001): ¿en base a qué valores organizamos nuestra sociedad, aceptamos las transformaciones, interpretamos nuestros éxitos, justificamos nuestros errores?

Lo que vuelve tan relevante al tema del Parque Nacional Yasuní, y a otros pequeños yasunis de nuestra cotidianidad, no es el escándalo de su fracaso, sino las relaciones que desata, los enlaces que genera, la necesaria remisión de sentido a un plano discursivo mayor, a un nivel de observación superior, a un contexto problemático que permita comprender lo que realmente está en juego en este *tempo* de crisis desatado por el cierre de la iniciativa Yasuní ITT, por el fracaso de la utopía, por la arrogancia de la realidad, una realidad que antes fue proyección y hoy es destino ¿es posible organizarnos como queremos, como soñamos, como nos gusta tanto que no somos capaces de hacerlo?

Y es que el horizonte de sentido de las sociedades contemporáneas es paradójico y complejo. Es un mundo en el que la elección ya no es, o no puede ser *simplemente*, explotar o conservar, o lo uno o lo otro, civilización o barbarie, riqueza o pobreza, desarrollo o subdesarrollo. Para superar una contradicción, hay que salirse de ella (Maturana y Valera, 2003), saltar a otro nivel, a otro plano de realidad y observación: de las decisiones que tomamos a los valores a los que respondemos y que orientan y justifican a esas decisiones que a todos nos afectan: a unos trae riqueza, acceso vial, vivienda, servicios básicos mínimos: agua potable segura, educación básica y atención en salud; a otros malestar, decepción, ruptura de las expectativas de un mundo diferente imaginado-deseado-observado desde la comodidad de un sillón y a través de la pantalla de un televisor: ¿son los mismos hechos los que pasan y los que nos informan y forman desde y para la televisión-espectáculo?

En nuestro mundo actual, lo opuesto se expresa de manera conjunta, las buenas intenciones devienen en consecuencias no deseadas (Berian, 1996), marcos de referencia contrarios y hasta excluyentes orientan acciones simultáneas. Lo social-colectivo se vuelve resultado de la gestión de lo complejo, de lo paradójico, del pliegue entre lo opuesto, contrario y divergente: desarrollo sostenible y neo-extractivismo, recintos colono-hispanos y comunidades de nacionalidades indígena amazónicas compartiendo una misma asamblea, activistas ecológicos y gerentes de empresas en un mismo foro sobre sostenibilidad y responsabilidad ambiental. No lo uno o lo otro, sino lo uno y lo otro: civilización y barbarie juntas, no la una desplazando a la otra, sino operando a la vez, de manera simultánea, actual. En esta situación, el sentido de la acción política no está en imaginar un mundo futuro, una tendencia racionalizadora que desterraría a la sin-razón, el autoritarismo y la pobreza, sino en la definición de una posición en el presente desde donde afrontar el hecho de vivir en un mundo en el que bien y mal, razón y dogma, cielo e infierno, coexisten.

Entonces, a lo que en verdad nos invita el tema del Parque Nacional Yasuní, es a reconocer la condición trágica y paradójica, guerra sin fin, situación de alta complejidad, en la que civilización y barbarie se expresan juntas, como dos series de acontecimientos paralelos, simultáneos, coincidentes: lo que antes estaba separado, ahora puede estar unido; funciones distintas y opuestas pueden ser diferentes y complementarias: una plataforma petrolera también

puede ser un centro de investigación biológica y puesto de vigilancia para impedir la explotación irracional de madera y la depredación de nuestra vida silvestre y natural. ¿Estamos preparados para afrontar nuestra condición compleja, paradójal, tal vez un poco esquizofrénica?

Es en la manera de *interpretar*, de hacer nuestra esta situación social, existencial y paradójal, donde se encuentra el núcleo de producción de *la diferencia*, de la referencia imaginaria-identitaria, de los espejos en los que nos reconocemos, de las ilusiones que alimentan nuestros sueños, de los fracasos que nos atormentan en nuestras pesadillas, de los valores que no podemos traicionar. Y es que en situaciones de crisis como la desatada por el fracaso de la iniciativa Yasuní ITT se pone en evidencia las controversias sociales que nos mueven y que construyen lo colectivo. Resolver controversias es tejer relaciones, generar asociaciones, hacer sociedad. En el caso de las controversias desatadas por el fracaso de la iniciativa Yasuní ITT se puede identificar dos estrategias de gestión de la complejidad social que esta crisis pone en evidencia: el espectáculo y la reflexividad.

Lo que sigue es un recorrido crítico por esas dos estrategias de gestión de la complejidad descritas de manera típico-ideal (Weber: 1973). Los argumentos, supuestos e implicaciones de cada una de estas estrategias son reconstrucciones ideales. De esta manera reforzamos el necesario distanciamiento del observador: colocando al objeto observado en su posición extrema, radical, inamovible. Y esto con el propósito de establecer, aunque imaginariamente, el punto de inicio de un sistema histórico cuya estructura puede variar con el tiempo: las posiciones iniciales marcan el origen, el punto cero, el abismo. Una vez definidas las orillas, se inicia la construcción de los puentes, la relativización del punto de vista, la colonización de los extremos, del lugar de donde somos lo que somos: seres de frontera.

La siguiente narración es una *descripción negativa* de la gestión de la complejidad a través del espectáculo mass-mediático; pone en evidencia su capacidad ideologizadora al lograr cosificar e inmovilizar la estructura dinámica de los sistemas complejos, al presentarlos en su momento de constitución inicial, y dejarlos ahí, sin movimiento: o lo uno, o lo otro, o conservas o extraes, o eres bueno o eres malo. Luego se esboza los elementos básicos otra alternativa, que arriesga por la traducción dialógica y reflexiva entre distintos, pero iguales a la vez, en la misma mesa, con los mismos derechos y obligaciones, vicios y virtudes: funcionarios y campesinos, intelectuales y líderes locales, ingenieros, biólogos y sociólogos.

El espectáculo ideologizante

En las sociedades contemporáneas, informacionales, telemáticas, la opinión pública se construye en el espectáculo mass-mediático. Los escenarios y medios son múltiples: radio, prensa, televisión, internet, redes sociales. Los motivos y temas de debate público son una suerte de reflexión informada de los hechos políticos y colectivos: decisiones gubernamentales, aprobación de leyes, paralización de carreteras, desastres naturales, deportes. En este escenario, los temas propios de la política y de los políticos, reciben tratamientos disyuntivos: o lo uno o lo otro. Los discursos tienden a presentarse desde posiciones extremas y excluyentes, dispuestas en la lógica

amigo/enemigo, de guerra y confrontación, de lucha de titanes, los titanes en el ring: estás en un lado o en el otro, en esta o la otra esquina, en el gobierno o en la oposición, en la derecha o en la izquierda, eres bueno o eres malo. Los argumentos se vuelven típicos, imágenes cosificadoras, representaciones distorsionadas de la realidad. En estas condiciones, el debate es confrontación, disputa entre horizontes de expectativas distintos, entre definiciones de la situación no solo diferentes, sino contrarias, opuestas, irreconciliables, divergentes.

El debate público que se activó con el fracaso de la iniciativa Yasuní ITT, las acciones que se tomaron y los argumentos que se esbozaron, se presentaron y desarrollaron como enfrentamiento entre los que defienden la protección y conservación del Parque Nacional Yasuní, y los que respaldan la explotación de los recursos naturales en el área protegida. Confrontación entre dos posiciones, entre dos argumentos típicos, entre dos formas ideológicas de organizar el campo de relaciones, las posiciones y las reglas desde donde los actores resolverán sus controversias, se pondrán de acuerdo, postergarán sus desacuerdos, o anularán al otro. Dos posiciones que podemos llamar la oposición radical y la ingenuidad de la no-afectación.

La oposición radical

La oposición radical en verdad es defensa romántica. Apasionada: toda intervención, por mínima que sea, afectará al ambiente, al sistema ecológico del Parque Nacional Yasuní. Esto será irreversible, y en dirección hacia el deterioro y final destrucción de este sistema ambiental único. Es la experiencia histórica la que nos advierte sobre la catástrofe: el extractivismo ha generado exclusión social, pobreza y deterioro ambiental. El caso de la Texaco en el nor-oriental ecuatoriano es un ejemplo presente, actual, persistente, de las consecuencias del extractivismo de primera generación, de los años setenta, del imaginario ingenieril que construía país, que hacía patria, nación, Estado. Y desde esta constatación histórica, el opositor radical proyecta los escenarios futuros: así como pasó antes, volverá a pasar. Quienes promocionan las actividades extractivas, hidrocarburíferas, mienten, engañan, manipulan. Es necesario desmontar su discurso, mostrar sus estrategias discursivas, detener esta avanzada de colonización extractivista, frenar la propagación del imperio.

Esta verdad hay que denunciarla, hacerla pública, colocarla en el ring mass mediático, presentarla en el noticiero de la mañana, debatirla en el matutino de la radio, analizarla en los auditorios universitarios. Los llamados a hacerlo son los generadores de opinión pública, intelectuales, investigadores, científicos, quienes, desde una posición de distanciamiento, están en la capacidad de observar e identificar los intereses ocultos y racionalizados de quienes promocionan el extractivismo. Desde aquí miran el bosque.

Y desde esa misma posición, comprenden a quienes viven en los lugares donde se espera desarrollar actividades hidrocarburíferas, como sujetos manipulados, colonizados, ideologizados, a quienes hay que defender y también promocionar su emancipación, liberarles de las falsas interpretaciones que hacen posible su dominación. Los hombres y las mujeres de la amazonía sólo ven los árboles, el futuro inmediato y los arreglos concretos.

Esta definición de la situación es limitada y reduccionista: olvida el contexto. Las actividades hidrocarburíferas en el Oriente Norte dejó una herencia de daño y deterioro socio-ambiental impresionante: piscinas y fosas llenas de crudo, grandes extensiones de suelo contaminado, rastros de derrames, fuentes de agua afectadas e infectadas. Esto es innegable. Como también lo es el hecho de que ahora las cosas ya no se las hace como antes. Al inicio de la era petrolera, a finales de los sesenta e inicio de los setenta, no se contaba con las regulaciones socio-ambientales que hoy tenemos. En ese entonces, en los comienzos de la era petrolera ecuatoriana, las empresas tenían carta blanca para sus operaciones: hacían y deshacían las cosas.

En este momento, a inicios de la segunda década del siglo XXI, los derechos de la naturaleza han sido reconocidos en la constitución ecuatoriana del 2008 y contamos con una amplia normativa ambiental y su correspondiente sector institucional y organizacional. Esta configuración institucional es vista por las empresas operadoras como barreras burocráticas, frenos para el desarrollo económico. Y es entonces cuando advertimos que la textura de lo social-múltiple comienza a plegarse: el poder de la burocracia ambientalista frena los intereses del extractivismo, lo que es como si un mal reemplaza al otro: ¿antes los ingenieros, ahora los ambientalistas?, ¿o más bien se trata de una alianza entre civilización y barbarie, entre bien y mal, entre burocracia y extractivismo, o entre conservacionismo y burocracia? ¿o los dos juntos envueltos en sus propias burocracias y enfrentando la de los otros?

Hoy en día la normativa ambiental y el contexto institucional restringen el campo de acción de las empresas, de los proponentes de los proyectos, obras o actividades extractivistas. Hemos pasado de un extractivismo ingenuo y autoritario, de primera modernidad, a un neo-extractivismo, reflexivo, que conoce sobre los riesgos, de segunda modernidad, y en un contexto de alta complejidad institucional: derechos de la naturaleza, derechos colectivos, políticos y culturales; ley del medio ambiente, de participación social; instituciones para hacer realidad estos derechos, burocracias, consultorías, informes; procesos burocráticos, encadenamientos administrativos, filtros técnicos.

Lo ambiental es un objeto de este mundo, un hecho empírico a ser administrado, motivo de gestión, de acción social. El tema ambiental cuenta con todo un sector institucional y organizacional que no existía antes. Estas burocracias ambientales son filtros, observadores de las acciones de los agentes del extractivismo: las normas e instituciones, funcionan como dispositivos de auto-observación. No reconocer este cambio, es ocultar una verdad empírica: las cosas ya no se hacen como antes, no es posible en un mundo reflexivo, auto-observador, de segunda modernidad, complejo, diverso, controvertido.

Pero el reduccionismo ideológico no sólo está en la falta de atención al contexto, sino también en los presupuestos desde dónde se manifiesta la defensa radical, desde donde se presentan, elaboran y sostienen los argumentos en contra de la explotación hidrocarburífera en el Parque Nacional Yasuní. Cuando se dice algo, participan dos sujetos (Eco, 1995): el de la enunciación y el del enunciado; quién dice algo y de quien se dice ese algo. Los generadores de opinión pública, actores políticos, representantes sociales, líderes colectivos, y también intelectuales y académicos, están en la posición

de sujetos de la enunciación: hablan sobre quienes viven en el Parque Nacional Yasuní, quienes están en la posición de sujetos del enunciado. Se habla sobre ellos, no desde ellos. Pero, ¿qué pasa cuando el que habla es el actor comprometido y no el sujeto externo, distanciado, no comprometido, sino bien comprometido? ¿qué sucede cuando el sujeto de la enunciación es el mismo sujeto del enunciado, cuándo las posiciones son iguales, cuándo no es posible el distanciamiento o la diferenciación, cuándo hablan los hechos, las personas que viven los efectos, positivos o negativos, de las actividades petroleras en el Oriente, los informantes directos?

Cuando sucede este desplazamiento, cuando es el sujeto del enunciado quien habla, cuando se coloca como sujeto de la enunciación, la reacción neurótica del observador externo y emancipador emerge: si los hombres y mujeres de la amazonía, los gobiernos locales y líderes sociales, se muestran afines al desarrollo de actividades extractivas, es porque están ideologizados, han sido manipulados, no comprenden la realidad. El supuesto que respalda esta comprensión de los otros, es que son inferiores, que no comparten las mismas bases antropológicas, es decir, la capacidad de simbolización y reflexión, de quienes en universidades, centros de estudio, foros culturales y políticos, hablan de quienes viven y mueren en la amazonía. La neurosis de ser desplazado de la posición de la enunciación genera formas cosificadoras de comprensión de la realidad y de acción en la sociedad. ¿En verdad los intelectuales, líderes de opinión, comentaristas, editorialistas, esperan la emancipación del otro, del que no conocen sino por medio de una pantalla, una noticia espectacular y exótica?

La ingenuidad de la no-afectación

En el imaginario del hombre de primera modernidad, racional e ingenieril, todo es posible: puentes, carreteras, hidroeléctricas, edificios. El ser humano es capaz de modificar la naturaleza, estabilizar la montaña, levantar una represa, construir su propio mundo: asegurar condiciones de estabilidad y comodidad del espacio, de lo físico. Para poder hacerlo, comprende al espacio como vacío, como *res extensa*, que es susceptible de medida y manipulación: cuánto espacio tengo, qué puedo hacer con él y en él. La realidad fundamental es cuantitativa.

La intervención sobre el espacio es medible: “se afectará menos del 1 por mil del Yasuní”⁴. Este reduccionismo a lo cuantitativo, a la cantidad, es el fundamento de muchas neurosis sociales, expectativas frustradas, fracasos acumulados: cuánto espacio tengo, cuánto me queda. También es el fundamento de la convivencia social moderna capitalista: respetar el espacio del otro, tocar lo menos, intervenir en un área mínima. Desde esta posición, la ingenuidad se enlaza con el autoritarismo: el 99.9% del área del PNY intacto es un argumento transparente y contundente.

La comprensión ingenieril es reducida: la riqueza del Parque Nacional Yasuní no está en su extensión, sino en su densidad, en las relaciones de relaciones que se encuentran en su interior, en la megadiversidad, lo que significa múltiples enlaces, complejidad, diferenciación. El ámbito de acción no es el

⁴ Noticia del viernes 16 de agosto del 2013, <http://www.eltelegrafo.com.ec/>

espacio abstracto del pensamiento ingenieril, físico, sino el territorio, lo cualitativo, las pautas de relación (Capra, 1982) entre múltiples seres, objetos y sujetos: la intervención en cualquier punto de este territorio activará una serie de acontecimientos que pueden involucrar a elementos muy distantes y extensos del lugar de la intervención directa.

La intervención en cualquier parte de un ecosistema como el del PNY activará una serie de relaciones con otras partes y elementos del ecosistema. Por eso es ingenuo pensar que la mínima intervención física, espacial, asegurará una afectación insignificante: una hoja de papel bond A4 en un estadio de fútbol. Metáfora perfecta para la sociedad massmediática, entretenida entre la lucha libre y el fútbol.

Pero esto no es suficiente para comprender la lógica auto-referencial del sistema PNY: visto desde las partes del sistema, la perturbación a una de ellas activa una serie de acontecimientos que puede generar cambios en la organización del sistema, sin embargo, el sistema como un todo, cuenta con una capacidad para aceptar perturbaciones sin pérdida de identidad. No toda perturbación es destructiva, y esto no depende de la cantidad o extensión del espacio a intervenir, sino de la capacidad del sistema para auto-constituirse y del tipo de relaciones que las intervenciones gatillen en el sistema. Y en todo caso, no depende única y directamente de la magnitud física, sin que esta no sea relevante: no es lo mismo una perturbación pequeña que una extensa. Reducir el problema de la explotación hidrocarburífera a una consideración espacial es tan ideológico como sostener la afectación irremediable de cualquier intervención.

Aprender a bailar con el enemigo Reflexividad, traducción y pérdida

El desafío de la diversidad es no dar paso al autoritarismo, a la racionalización cínica de los intereses, a la justificación única y vertical. Sin embargo, el politeísmo de valores genera un vacío constante, una información que se pierde, una comunicación que no se cumple del todo. En un mundo plural y diverso, no podemos estar todos de acuerdo, y no solo por los intereses de cada actor, sino por las diferentes experiencias socio-culturales desde donde proyectamos el mundo, lo imaginamos y soñamos: lo que para un ingeniero geógrafo es un punto GPS, que se costea con precisión, para un campesino es una lucha de treinta años por mantener firme el lindero de su finca, el abrevadero de sus animales, la pequeña mancha de bosque donde aguarda el madurar de algunos árboles sembrados años atrás al llegar por esas tierras. Cuando los dos hablan de linderación, ¿hablan de lo mismo? ¿Sus expectativas en verdad son convergentes? ¿Existe algún punto de contacto entre el extractivista y el conservacionista, entre el ingeniero de petróleos y el biólogo-ecólogo?

El espectáculo massmediático es un modo bárbaro de gestionar la complejidad: la satisfacción de las expectativas se posterga indefinidamente en la pantalla de la televisión y en el flujo mediático: fútbol, lucha libre, telenovelas. Las expectativas de un mundo mejor se construyen con imágenes espectaculares: plataformas petroleras en medio de la selva, niños corriendo por amplias carreteras y con grandes sonrisas, ingenieros con sus cascos y

botas amarillas compartiendo con campesinos y nativos de la selva amazónica. Una estampa celestial, imagen de aquel estado de bondad y amistad en el que el cordero y el lobo pasan juntos. Es una falsa imagen, irrealizable, como el ofrecimiento de salir de la pobreza gracias a la explotación petrolera, cuando es justamente las actividades petroleras, y todo el aparataje institucional y económico que la sostiene, sus causantes.

Lo paradójico es que junto a la barbarie massmediática convive un modo civilizatorio, profundamente pragmático y existencial, que asume *la diferencia* con todas sus consecuencias, ruidos e incomprendimientos, y con todas sus pérdidas: la del fundamento último, la del paraíso definitivo, la de la verdad única. El diálogo entre diversos corre el riesgo de la incompreensión total. Para evitarlo, una práctica de permanente traducción socio-cultural, dialógica, aparece como una buena solución, como un mecanismo eficiente de gestión de la diversidad y pluralidad, de esta situación existencial y paradójica del *tempo* y el *ethos* de las sociedades contemporáneas.

Para hacer efectivo este modo civilizatorio, se necesita reconocer un piso de igualdad fundamental que permita la producción de *la diferencia*: no discutimos con el Otro, sino entre Nosotros, entre iguales y diferentes a la vez. El Otro es lo no-humano, quien no puede respondernos, con quien no podemos hablar: sólo imaginemos a alguien discutiendo con una piedra el por qué pesa tanto, o con un pájaro por qué vuela. Los hombres hablamos entre nosotros. Sin embargo, hay ocasiones en las que tratamos a nuestros semejantes como un-otro-no-humano, como cuando el petrolero sólo quiere liberalizar el espacio para la obra: no busca la aceptación consentida de las comunidades amazónicas, sino que se retiren, que se libere el área de los obstáculos. No lo mira como un igual, sino como un distinto, un otro con quien no se puede hablar, llegar a un acuerdo, sentarse en la misma mesa. Sólo hay que retirarlo, como a una cosa que ocupa un espacio, *res extensa*, el sujeto convertido en objeto. Sólo entre nosotros podemos ponernos en desacuerdo, o dejarlo en suspenso, mientras creemos que hemos llegado a un consenso.

En estas circunstancias, la función de las ciencias sociales, de los intelectuales, de los obreros del conocimiento, de los investigadores y activistas sociales, no es la iluminación y emancipación, sino la traducción, el diálogo, la construcción de puentes cognitivos, de puntos de vista más amplios y complejos. La comunicación creativa es imposible sin pérdida de información: los resultados de la traducción socio-cultural es una nueva información, un acuerdo temporal, siempre al acecho de otra interpretación, por lo que tiene que ser renovado constantemente. En condiciones de reflexividad, los argumentos son dinámicos, abiertos, flexibles, productos del tiempo, la experiencia, la observación de la realidad, empíricos, informados. No representaciones estáticas, mecánicas, ideológicas. Cuando los argumentos se cosifican, es porque la sociedad del espectáculo es el sujeto del enunciado, es el ring el que habla: en esta esquina el nefasto extractivismo y en esta otra el ecologismo salvador.

Pensar la explotación de recursos no renovables en un área protegida es, como dirían los lógicos, una contradicción, una paradoja. Una forma de gestionar las contradicciones, consiste en aplicar condicionantes: se puede, siempre y cuando... no superes los límites de contaminación permitidos, compenses a las personas por las afectaciones a los bienes y servicios

ambientales, asegures el cumplimiento de las normas y reglamentos. Eso no supera o resuelve la contradicción. Tan sólo la relativiza, la atenúa, la hace más vivible: el plano ideal se vuelve concreto, la contradicción se convierte en controversia. Como lo menciona Bauman (1994), lo que en la lógica se presenta como puntos extremos de una contradicción, en la vida real es una negociación permanente, un punto en un continuo histórico hecho de tensiones entre las expectativas de los unos y las necesidades de los otros, entre libertad y dependencia, utopía y realidad.

De ahí el éxito del fracaso de la iniciativa Yasuní ITT: invitarnos a pensar en qué posición estamos y actuamos hoy: en un mundo radical y romántico, donde los extremos son puros: ambientalismo romántico o realismo económico, o en un mundo en el que los extremos utópicos convergen en acciones complementarias y compatibles funcionalmente: desarrollo social sustentable, explotación de recursos naturales amigable con el ambiente, reconocimiento de la diversidad cultural y social. Frente al espectáculo ideologizante y el autoritarismo emancipador, la reflexividad social y cultural como forma de gestionar la complejidad actual, hecha de paradojas y contrarios, en un esfuerzo constante de una traducción dialógica entre diferentes e iguales a la vez. Las condiciones actuales nos exige ser buenos sistemas auto-observadores de nuestra tragedia: entre el bien y el mal, entre las alturas y las profundidades.

Bibliografía

- Bateson, Gregory. (1982). *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Bauman, Zygmunt. (1994). *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Beriain, Josetxo, comp. (1996) *Las consecuencias perversas de la modernidad, Modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Capra, Fritjot. (2000). *La trama de la vida, Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Barcelona: Anagrama.
- Eco, Humberto. (1995) *Tratado de Semiótica General*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Gardner, Howard. (1987). *La nueva ciencia de la mente, Historia de la revolución cognitiva*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Habermas, Jürgen. (2001). *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalización de la acción y racionalización social*. España: Taurus.
- Latour, Bruno. (2008) *Reensamblar lo social, Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco. (2003). *El árbol del conocimiento, Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Lumen.
- Ricoeur, Paul. (2001). *Del texto a la acción, Ensayos de Hermenéutica II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max. (1994). *El Científico y el Político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, Max. (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Garmendia Salvador, Alfonso y otros. (2005) *Evaluación de impacto ambiental*. Madrid: PEARSON Prentice Hall.